

Nada: uno, diez

a J. L. B.
in memoriam

Quién lo hubiese pensado, pero aquel hecho terrible, la muerte de quien le diera vida, le permitiría por fin vivir.

Jamás había salido de aquel lugar tan estrecho, sin horizonte y sin final. De chico soñaba con viajar, *pero dónde, hijo, si no hay extensión mayor que la que alcanzan tus ojos*. Pero en ese infinito espacio, el de la infinita arena, vislumbraba, cada noche, una palabra, una sola sílaba que lo perseguía hasta la vigilia.

Sin mayores cuidados arregló algunos asuntos, cargó pocas cosas, entre ellas el Sagrado Libro, un par de objetos valiosos (que podría vender para costear el viaje) y un puñado de arena que dificultosamente retuvo en uno de los bolsillos de la túnica nueva.

El viaje fue largo e incontables las horas que lo acercaron, por fin, al sueño del color agua que se confunde con el color cielo. Ahora sabía cuáles y cuántas eran las cosas que se cifraban en la palabra soñada y pensó que, en verdad, a tanta maravilla no le



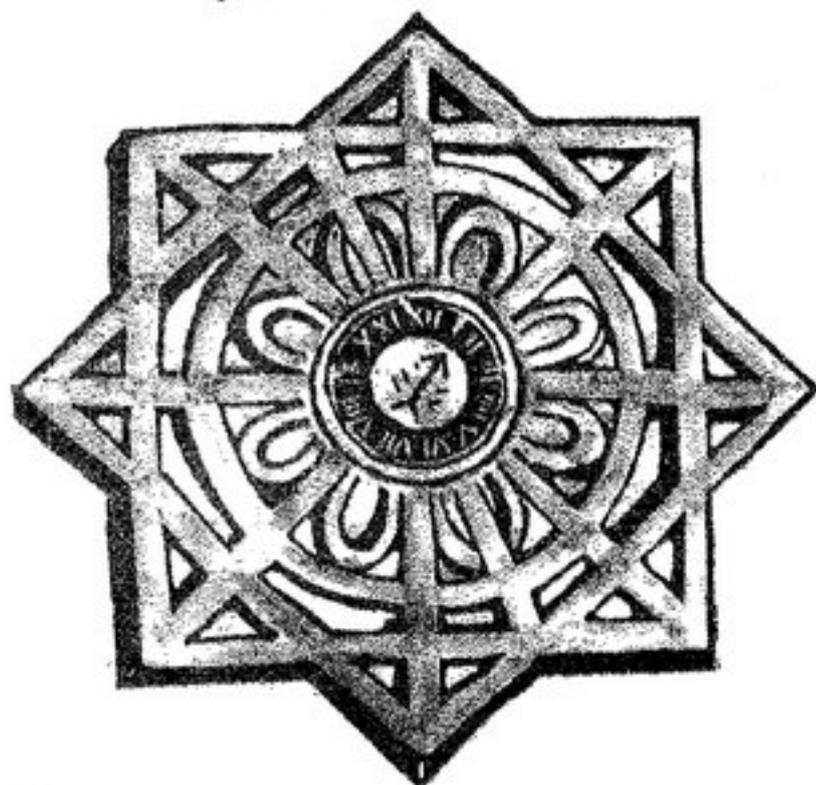
bastaba más que una sola sílaba. Pensaba esto cuando se le acercó un joven de unos ojos nunca vistos, tan pequeños, tan azules como el cielo en el agua, como la sílaba y la palabra del sueño. Le dijo que todos los días atravesaba esas playas para ir a escuchar al Maestro, pero que esa mañana sería la última; el Maestro había muerto la noche anterior, a las diez; luego de agotar todo lo que debía decir, el número de sus palabras había terminado.

—¿Correspondía que muriese exactamente a las diez? —preguntó sorprendido el extranjero.

—Sin duda. Si hubiese muerto a las dos o tres o entre las ocho y las nueve, nada de todo lo que dijo tendría valor alguno y su vida se habría vuelto completamente inútil. Pero fue como debía ser, exactamente a las diez.

El extranjero suplicó que le explicara las razones de tanta certeza y el joven habló así:

—Los números son el principio de todas las cosas; anteriores, acaso al fuego y a la tierra, al agua y al aire. Y como todas las cosas están de tal modo formadas, *todo es un número*. Los números fueron engendrados, fuera del tiempo, por una pareja: el dios supremo y principio masculino de la generación del universo, situado más allá todo lo que es ser y superior a él, que encierra el



principio último del límite y la determinación: el Uno. El mismo se añadiría una hembra suprema, principio último de la multiplicidad y la indeterminación, principio generador, que contiene a los demás números-formas engendrados en su unión con lo Uno. Por lo tanto —agregó— el universo es numéricamente expresable. Por ejemplo, la Justicia es cuatro, primer número cuadrado; Matrimonio es cinco, ya que representa la unión del macho, que es tres, con la hembra, que es dos. Ya ves, los números son las causas. El siete, será, como imaginarás, un Número entre los números; existen siete vocales, las Pléyades son siete, por siete cuerdas está formada la escala, siete los bravos contra Tebas...

—Entonces, según dices, ¿porque dicho número, el siete, es la clase de número que es, los bravos fueron siete o las Pléyades están formadas por siete estrellas?

—Sin duda. Todos los seres y cosas están cifrados en algún número. Todo nace como uno y, no sin antes haber sido dos y tres y cuatro, muere diez, para volver nuevamente uno y así infinitamente. Por lo tanto, el diez es el Número entre los números, el número perfecto, pues cifra la naturaleza de los

demás, es decir, comprende al uno, al dos, al tres, al cuatro...

—¡Basta! —interrumpió con furia y horror el extranjero—, nada son tus números y nada significan sin que alguien, tú o tu Maestro, los piensen y les atribuyan determinadas cualidades o acciones.

¿Cómo puedes pensar que un hombre, que es tantas cosas, tantas mañanas y noches, pueda cifrarse en *un* número? ¿Quién cometería la osadía de elegirlo? Ser una cosa es no ser todas las demás y esto lo supieron los sabios de mi tierra, que ya no duermen. Desde la visión en sueños del no-número, el horror del cero, se dedican a la vigilia y al silencio.

Iba a seguir enumerando ejemplos inútiles cuando percibió que estaba solo, que el joven era ahora un punto que se perdía entre tantos otros. Decidió volver de dónde jamás debió salir, revolvió entre sus cosas y lloró. Se había escapado del bolsillo el último grano de arena.

